

su rey y su nacionalidad, aunque amenazada por Inglaterra con las cadenas de Gibraltar y Mahon. Se engrandeció la Saboya para equilibrarla á sus vecinos. Holanda se aseguró con un recinto de fortalezas, pero decayó en poder, se encontró dependiente de Inglaterra por enlaces y alianzas de familia, y conoció lo que en la guerra y en la paz perdía en mezclarse en las cuestiones de las grandes potencias europeas. Y por último en los tratados de Utrecht, con ser tantos, quedó sin decidir la cuestión de sucesion entre Austria y España, objeto de treinta años de intrigas y de trece de guerra. El emperador todavía no quiso renunciar á la sucesion española, ni al estéril y vanidoso placer de seguir titulándose rey de España.

III.

Desde la paz de Utrecht es otra la política de Felipe V.; ni tan digna, ni tan patriótica, ni tan noble. Cambia la escena totalmente, y se coloca España en situacion bien diversa con otras naciones. La causa de esta mudanza no es una sola; son varias que se suceden tan rápidamente, que casi se alcanzan y se agolpan. La muerte de la reina María Luisa, la venida de Isabel Farnesio, la marcha de la princesa de los Ursinos, el fallecimiento de Luis XIV., la regencia del

duque de Orleans, la muerte de Ana de Inglaterra, la privanza de Alberoni. Cada una de ellas habria bastado para dar otro giro á la política española; fortuna fué que ninguna viniera sino despues de asegurada la corona en las sienes de Felipe.

La muerte prematura de la jóven María Luisa de Saboya fué un verdadero infortunio para España, y una verdadera desgracia para el rey. España perdió una gran reina, los pueblos una madre solícita, el rey una buena esposa, una compañera dulce, una consejera prudente. Desde Isabel la Católica, la figura mas digna y mas interesante que encontramos en España es María Luisa de Saboya. No sabemos lo que habria llegado á ser en la tierra, si Dios no hubiera querido llevarla al cielo en edad tan temprana. Luis XIV. la admiró muchas veces; algunos años ántes habria tenido hasta envidia de su nieto. No lo estrañamos; aquella reina niña asombró á fuerza de discrecion al viejo y desconfiado monarca. «No consejos, le decia Luis, sino elogios tengo que daros siempre.» Con razon lloró su falta Felipe como esposo y como rey.

Su temperamento y su moral le hacian necesaria una esposa; su carácter le hacia necesaria una reina. Fácil era el reemplazo en el tálamo; muy difícil en el trono. Sin embargo, Isabel Farnesio de Parma no ejerció menos influencia ni tomó menos predominio en el ánimo del rey que María Luisa de Saboya. Fué sin duda una deplorable flaqueza de Felipe V. haberse

dejado dominar igualmente de la una que de la otra muger, y haber seguido tan ciegamente la política interesada y personal de la una como los patrióticos y desinteresados consejos de la otra. Tanto, que no sin alguna razón suelen dividir los políticos el reinado de Felipe en dos períodos compartidos por los dos matrimonios. Pero esta flaqueza, funesta como fué, tuvo su parte de mérito y de virtud. Vamos á hacer una observacion, que no hemos visto hecha por otro, y que nos cumple hacer como españoles. En tanto que los Borbones de Francia, Luis XIV. y Luis XV., corrompian la córte con su ejemplo, y escandalizaban el reino con sus vicios, entregados á mancebas y queridas; en tanto que se veía á un Bossuet ocupado en reconciliar á Luis XIV. con madama de Montespan, á la Maintenon casi asociada al trono de Luis el Grande, á éste declarar por instigacion de aquella dama hábiles para suceder en el trono francés á sus hijos adulterinos; en tanto que se veía la disipacion y el libertinage sentados con el duque de Orleans en el sillón de la regencia, y á Luis XV. degradando el trono y la nacion sometidos á sus liviandades y á los caprichos de la Pompadour y de la Dubarry; los primeros Borbones de España, Felipe V. y Fernando VI., se guiaban por la influencia y la política, saludable ó funesta, de Luisa de Saboya, de Isabel Farnesio y de Bárbara de Braganza, todas esposas legítimas, ninguna favorita, que reyes y reinas eran modelo de fidelidad conyugal. Di-

ferencia era esta que trascendia, como acontece siempre, á las costumbres públicas de cada córte y de cada reino. Allá corrian desenfrenadas, y acá se iban moderando. Débiles unos y otros soberanos en cuanto á dejarse dominar de mugeres, por lo menos la de los Borbones de España, era una debilidad decorosa.

La misma princesa de los Ursinos, única favorita y privada de los reyes españoles de aquel tiempo, estuvo muy lejos de ser una Montespan, ni una Maintenon, y mucho menos una Pompadour. Aun mas querida de la virtuosa María Luisa que del mismo Felipe V., y confidente de ambos, nadie, mientras vivió la reina, se atrevió á decir de esta confianza y de esta intimidad cosa que ofendiera ó lastimara, ni la moralidad, ni el decoro, ni la dignidad de la régia cámara. En la corta viudedad del rey, cuando Felipe pareció mas entregado á la influencia de la princesa, solo vagamente se indicó que pasó por su pensamiento la idea de elevarla hasta el tálamo y el trono régio; y esto, añaden, por temperamento y por conciencia. Pero ella misma se encargó de desvanecer este pensamiento, si existió, buscando una nueva esposa para el rey. No debió pues la de los Ursinos la elevada posicion política que alcanzó á los encantos y á las flaquezas de muger; debiósela á su gran talento, á su ilustracion y á su habilidad y destreza. A la dulzura y al atractivo de su sexo unia las dotes de un gran ministro.

Con tanta disposición para el gobierno de un estado como Cristina de Suecia y como Isabel de Inglaterra, les llevó la ventaja de haberse labrado ella misma su posición. Estrangera, y enviada por un rey extranjero, obró casi siempre en interés de España y como si fuese española. Tal vez por consagrarse demasiado á los intereses de los reyes de Castilla y mantenerlos en una digna independencia, disgustó á Luis XIV. que la habia traído á su lado. Luis la hizo salir varias veces de España, y siempre la ilustre proscripta volvía mas favorecida y recomendada del mismo que la habia desterrado. Tenia el arte de desbaratar todas las intrigas y conjuraciones que contra ella se formaban, y de persuadir lo que queria al soberano mas sagaz, mas político y mas suspicaz de su tiempo. Cuando fué á Versalles, no podia ser mayor el enojo que contra ella tenia Luis XIV. A muy poco tiempo Luis XIV. era un apasionado ciego de la princesa de los Ursinos: no habia para él criatura en el mundo de mas mérito, de mas virtud y de mejor consejo, y la volvió á enviar á España poco menos que con diploma de directora esclusiva de los reyes, y con recomendación para que fuese recibida y tratada casi con honores de reina. En sus muchas luchas con embajadores, ministros y príncipes, todos sucumbian ante la superior inteligencia y extraordinario genio de esta muger singular.

Isabel Farnesio, apenas puso el pié en territorio español, arrojó de España con grosera brusquedad á

la princesa de los Ursinos, y Felipe V. mostrándose indiferente y glacialmente impasible á aquel primer rasgo de rudo é incivil despotismo de su segunda muger, pagó con injustificable ingratitud los largos servicios de su antigua confidente, y antes de conocer personalmente á su nueva consorte se confesaba apocadamente sometido á todos los caprichos de su orgullo. En efecto, desde aquel momento la influencia y la política de Isabel de Parma y del abate Alberoni, su compatriota, reemplazan en el corazón del rey y en la marcha del gobierno la influencia y la política de Luisa de Saboya y de la princesa de los Ursinos. Ni á la reina ni al abate faltaban ingenio, viveza, travesura, audacia, teson y flexibilidad á un tiempo. Ambiciosos ambos, en sus proyectos no dejaba de haber atrevimiento y grandeza: pensamientos que parecían tan elevados que asombraba mirar á la cúspide, mas si se bajaban los ojos á su base hallábase los cimentados sobre el interés personal ó de familia. Lo patriótico, lo nacional no se encontraba. Tras la misteriosa expedición á Cerdeña se ve el capelo de Alberoni; tras la asombrosa empresa de Sicilia se ve el patrimonio de los hijos de Isabel.

Alberoni pareció haberse propuesto ser el Richelieu de España, ya que no pudiera ser el Cisneros. Negarle gran capacidad seria una gran injusticia. Tampoco puede desconocerse que reanimó y regeneró la España, levantándola á un grado de esplendor y

de grandeza en que nunca se habia vuelto á ver desde los mejores tiempos de Felipe II. La muerte de Luis XIV. habia dejado á Felipe V. en aptitud de seguir una política mas independiente y mas libre, y á Alberoni en franquia de dirigirla á su gusto. Este hombre, que habia llevado en su cabeza el bonete de sacristan y tuvo habilidad para ceñir la corona de conde, la mitra de arzobispo y el birrete de cardenal, que engañaba reyes para ganar al papa, y engañaba al papa para ganar el capelo, parecia poseer el arte mágico de crear recursos, de improvisar ejércitos y de producir escuadras. Flotas formidables se veían brotar como por encanto de los puertos españoles y surcar los mares. La conquista de Cerdeña sorprendió á Europa; la de Sicilia la asombró y asustó. Todas las naciones europeas se conmueven y agitan á la voz del clérigo italiano, ministro sin título de Felipe V.; porque el antiguo campanero de Plasencia aspira nada menos que á dar un rey de su gusto á Italia, otro á Polonia, otro á Francia y otro á Inglaterra; revuelve el Norte, el Mediodía y el Occidente; intenta arrojar al gran Carlos XII. de Suecia, y á Pedro el Grande de Rusia, contra Jorge I. de Inglaterra; agita imperios y repúblicas; intriga con turcos y cristianos, con católicos y protestantes, y hace á España sostener sola una guerra contra cuatro grandes potencias como en los tiempos de Carlos V. y de Felipe II.

¿Cuál fué el móvil de esta política turbulenta,

cuál el resultado de este galbanismo en que ha hecho entrar á España el purpurado agitador? El móvil de tan gigantescas empresas, de tan eléctrico y general sacudimiento es la ambicion personal de una muger, halagada por un favorito á cuya imaginacion viene estrecho un reino solo; es el afan de Isabel Farnesio por hacer en Italia un patrimonio para sus hijos. El resultado fué provocar una guerra de cuatro poderosas naciones contra España; el pabellon español tremoló con orgullo en Sicilia como en los tiempos de Alfonso el Magnánimo y de Fernando el Católico; pero nuestras naves fueron destruidas en las aguas de Siracusa; la expedicion naval contra Escocia sufrió un desastre semejante al de la invencible armada de Felipe II.; una flota inglesa se apoderaba de Vigo y quemaba su arsenal y almacenes; Francia, nuestra amiga pocos años ántes, trocada en enemiga por Alberoni, nos arrebató por un lado á Fuenterrabía, San Sebastian y Santoña, y por otro nos tomaba á Urgel y apretaba á Rosas. Quiso Alberoni galbanizar al rey como habia galbanizado á la nacion, y sacóle por última vez á campaña. Pero Felipe V. supo la pérdida de Fuenterrabía, y el Animoso de otros tiempos se volvió melancólico á Madrid, y enojado con Alberoni, que habia engrandecido á España y perdía el reino. Y sin embargo, para resolverse á decretar su caída fué menester que la cuádruple alianza se lo exigiera como condicion de la paz. La voz de cuatro grandes naciones dijo al mundo

que la guerra ó la paz de Europa dependía de que un clérigo sin carácter de ministro saliera de España, ó continuára en el palacio de sus reyes. De esta manera la caída de Alberoni fué aun mas notable que su encumbramiento. Entonces el rey le despidió secamente, y la misma á quien habia hecho reina se negó á darle una audiencia. Esto á nadie sorprendió: el último capítulo de la historia de los favoritos es casi siempre el mismo.

La salida de Alberoni produce otro cambio en la política española. Felipe se adhiere á la cuádruple alianza, y se hace amigo de Francia é Inglaterra; mas todo lo que pudo sacar de esta amistad y del congreso de Cambray, fué que Aústria reconociera el derecho de sucesion de los hijos de Isabel Farnesio á los ducados de Parma y Plasencia, y tres desdichados contratos matrimoniales; el del infante don Carlos, hijo de Isabel, con una hija del de Orleans, fué el menos desgraciado, porque no se verificó; una hija de los monarcas españoles fué enviada á Francia á ser esposa de Luis XV. para pasar después por la ignominia de que se la devolvieran soltera á sus padres; y la princesa de Montpensier que vino á desposarse con Luis, príncipe de Asturias entonces, y rey de España luego, valiera mas que se hubiera quedado allá que no que viniera á ser con sus ligerezas el tormento de su jóven esposo, y el escándalo y la murmuracion de la córte española. El jesuita Dauben-

ton, confesor de Felipe, negociador de estos desventurados matrimonios, no habia sido mas feliz como consejero de alianzas políticas que como confeccionador de enlaces conyugales.

En poco tiempo desaparecen del mundo los principales personajes de la nacion francesa que mas han influido en la política y en la suerte de España, Luis el Grande, el regente Orleans, el cardenal Dubois. Dos palabras sobre estos ilustres contemporáneos del primer Borbon español y de sus confidentes y consejeros.

Aquel Luis XIV. que habia dado tanta grandeza y tantas glorias á la Francia, aquel soberano que se habia visto aplaudido de su pueblo hasta cuando se presentaba en el ejército entre una esposa y dos queridas; aquel dominador absoluto á quien la nacion habia perdonado su despotismo de rey y sus vicios de hombre en gracia de sus triunfos de conquistador y de los laureles con que habia orlado las frentes de las ilustraciones literarias, acabó sus dias aborrecido de aquel mismo pueblo y abandonado de todos, hasta de la misma Maintenon que se retiró á Saint-Cyr dejándole en el lecho del dolor entregado á manos mercenarias; en Roma le negaron las exequias, y el pueblo de París ultrajó su nombre y su tumba, é insultó su féretro, levantando tiendas en que bebia y se regocijaba como en una fiesta popular. Obró impresionado por los últimos infortunios del reino y por las últimas

flaquezas del rey; y como Luis habia concentrado en su persona todo el poder y toda la autoridad sin querer compartirla con nadie, el pueblo en su disgusto concentró y descargó todo su enojo contra él, porque no halló otro con quien compartirle y desahogarle. Luis quiso el gobierno de uno solo, y sufrió él solo toda la odiosidad de su gobierno. Lección grande para los príncipes absolutos.

Quedó Felipe, duque de Orleans, rigiendo el reino y protegiendo la cuna del niño Luis XV. rodeada de catafalcos. El parlamento protestó contra la inmoralidad del último monarca anulando su testamento y despojando del derecho de príncipes de la sangre á los bastardos legitimados. Providencia justa, pero con la cual enseñó á la nación á desobedecer la última voluntad de los reyes, y la preparó á otras desobediencias. El pueblo francés creyó hallar mas moralidad en la regencia, y vió que sobre la corrupcion antigua se respiraba el aire infestado de una corrupcion nueva, en medio de cuya atmósfera crecía raquíticamente el que habia de ser su rey. El duque de Orleans fué recibido con aplauso, y en efecto, debia á la naturaleza cualidades muy apreciables: pero se entregó descaradamente á la licencia, é hizo gala de vivir como un libertino. Así no es extraño que cuando Alberoni conspiró contra el regente para dar la regencia al rey de España, los Estados generales se ofrecieran á Felipe V. y le aseguráran las simpa-

tías del ejército, del pueblo y de la nobleza de Francia, y la conjuración española habria acabado por derribar al de Orleans á no haber sido descubierta por las imprudencias de Cellamare. A ejemplo del regente se introdujo en la sociedad francesa un des-arreglo sistematizado, y la disolucion se hizo de moda. Aquel príncipe licencioso, que habia aspirado á suplantár á Felipe V. en el trono de San Fernando y á Luis XV. en el de San Luis, murió de repente en los brazos de una muger, dejando á la Francia una deuda de cuatro mil millones, y á Voltaire y Montesquieu preparando con sus escritos un cambio en las ideas, en la religion y en las leyes.

Habia sido el de Orleans educado por el abate Du-bois, que le habia enseñado á considerar la religion como una invencion humana y la moral como una preocupacion del vulgo. Aquel mal eclesiástico, cómplice de sus desórdenes, y á quien hizo su primer ministro, hijo de padres poco menos humildes que los de Alberoni, fué tambien, como éste, arzobispo y cardenal, y además príncipe del imperio. Aquel indigno sucesor del gran Fenelon llegó á acumular tantos empleos y pensiones, que le producian una renta de millon y medio de francos. Ya que hemos sido severos con el ministro de Felipe V. por la manera como negoció la púrpura, justo es decir que el ministro de la regencia hizo gastar á la Francia muchos millones para obtener el capelo, y al decir de un erudito es-

critor, el papa que se le otorgó debió arrojarle del santuario. Dubois conspiró á su vez contra Alberoni. Aquel corrompido purpurado murió dejando una inmensa fortuna, que acumuló á espensas del Estado.

Al de Orleans sucedió en el primer ministerio del desgraciado Luis XV. su mortal enemigo el duque de Borbon, de menos talento y de no mas puras costumbres que su antecesor. Favoritos y mugeres constituian su córte, y madama de Prie, que era la que mas le dominaba, dícese que se le habia entregado por motivos menos nobles todavía que el amor y que la ambicion. Este ministro fué el que calculando sobre la probabilidad de la corta vida de su monarca Luis XV., y á fin de que no pasára la sucesion á la familia de Orleans que aborrecia, envió á Mazarin al mariscal de Tessé á convidar á Felipe V. con la corona de Francia que suponía pronto vacante, no obstante las renunciaciones solemnes. El embajador francés encontró á Felipe entregado al servicio de Dios y dedicado á la oracion y al retiro en el templo de San Ildefonso, despues de haber renunciado la corona de España. ¡Qué contraste de costumbres!

IV.

¡Cuán diversos juicios se han hecho sobre la abdicacion de Felipe V. y su retiro en las soledades de la Granja! Para unos fué un acto de refinada hipocresía, un cálculo político, un medio disimulado de habilitarse para otro trono mas poderoso que el que renunciaba. Para otros fué un rasgo sublime de abnegacion y humildad cristiana, una vocacion apostólica, un golpe de gracia eficaz que le movió á desprenderse de las grandezas de la tierra para pensar esclusivamente en ganar el cielo.

No nos maravillan versiones tan encontradas, porque sobre ser difícil penetrar los pensamientos y las intenciones de los hombres, la abdicacion de Felipe V. sorprendió á todos por las circunstancias de la época, del reino y de la persona, porque no se parecia ni á la de Alfonso IV. de Leon, ni á la de Amadeo I. de Saboya, ni á la de Cristina de Suecia, ni á la de Augusto de Polonia, ni á la del mismo Carlos V. de Austria y I. de España. Seguro estaba Felipe V. en el trono; hallábase en la mejor edad para manejar el cetro; con el amor del pueblo contaba. ¿Qué le pudo inducir á trocar voluntariamente el brillo del sόlio por el silencio de la soledad, el fausto de la córte por la modestia del retiro, los salones del palacio por el